EN LA PASCUA EL REFLEJO DEL AMOR DE DIOS

Por fr. **FRANCESCO D. COLACELLI**

En el otoño del 1934, confundiendo entre los muchos peregrinos que subían a San Giovanni Rotondo, llegó al convento de los Capuchinos don Giuseppe De Luca, sacerdote de origen lucano (de la Lucania, región italiana), en aquella época conocido como uno de los más eminentes intelectuales católicos. Lo que sucedió en los pocos días de estancia de don Giuseppe en el pueblo gargánico está descrito en una carta escrita al amigo Giovanni Papini a su vuelta a Roma.

El docto sacerdote se confesó con el Padre Pío, se quedó a comer con él, y estuvo en su compañía durante bastante tiempo. Ciertamente no fue impresionado positivamente por el espesor cultural del Fraile con los estigmas. En la carta no ha dudado en definirlo "ignorante". "De todas maneras – añadía – tiene consigo a Dios, aquel Dios tremendo que nosotros entreveremos en fantasía, y él lo tiene en el alma, ardiente, y en la carne que tiembla siempre, con más o menos llagas, como bajo ráfagas cada vez más fuertes, gimiendo de una manera atroz. Exáctamente he visto lo que es "el santo, no el de la acción sino el de la pasión: que practica a Dios". De esta manera la pluma de don Giuseppe se ha dejado llevar a una profunda reflexión: "Hay

una pasión, también humana, por Dios, querido Papini, que es de una belleza y de una arrebatadora dulzura que no le digo. Ni el amor de mujer ni el amor de las ideas se pueden comparar... Este "sentimiento" de un Dios y de un hombre que se han encontrado de esta manera, yo lo he tenido con certeza".

¡Cuántas enseñanzas brotan de estas palabras tan cargadas de estupor! Conociendo al Padre Pío, don Giuseppe De Luca ha entendido que no sirve buscar a Dios en el pensamiento "alto", en la transcendencia de los filósofos, en la racional observación de lo que la ciencia puede explicar sólo hasta un cierto punto. Dios es amor y se le puede "conocer" sólo amándolo. Y cuando uno se enamora de Dios, como le ha sucedido a nuestro santo Hermano, no hay otro amor humano que pueda aguantar la comparación.

¿Pero cómo se hace para enamorarse de Dios? Éste que estamos viviendo es, ciertamente, el tiempo más propicio. En el tiempo de la Pascua, de hecho, la Iglesia nos conduce a recordar una realidad demasiado olvidada o disminuida al rango de un cuento de niños. Hace falta recuperar la dimensión histórica de un Dios que, después de haberse hecho hombre, ha aceptado hacerse cubrir de insultos y de escupitajos, se ha dejado des-

trozar la carne por los latigazos y por una corona de espinas, ha cargado sobre sus hombros la madera de la cruz sobre la cual, después, habría consumado los últimos, más atroces, sufrimientos, hasta la muerte. Hay que recordar que este sacrificio ha sido el gesto de amor más grande (nadie siente un amor más grande que este: morir por los propios amigos), para conquistar la vida eterna para los hombres sin lesionar o disminuir la libertad de éstos.

Reflexionar sobre cuánto Dios nos ha amado, puede ciertamente contribuir a suscitar en nosotros un idéntico sentimiento. "*Amor che a nullo amato amar perdona*" (Toda persona amada tiene que amar a su vez a la persona que le ama), escribía Dante hace siete siglos en su *Divina Comedia*, últimamente tema de grande actualidad. Tomo prestado esta frase para usarla como mis felicitaciones para la próxima Pascua: vivir con intensidad los ritos de la Semana Santa, convencernos que lo que hoy nosotros conmemoramos ha sucedido realmente, nos ayude a enardecernos de aquella "pasión, también humana, por Dios, que es algo de una belleza y de una arrebatadora dulzura" que no se puede decir con palabras. Pero que se puede experimentar en el corazón. ■